

La barbarie como voluntad

José Mariano Leyva

Todos los que pretenden ser más nobles de lo que su constitución les permite caen víctimas de la neurosis; se habrían sentido mejor de haberles sido posible ser peores.
SIGMUND FREUD, 1908

I

El camino de los eventos culturales se encuentra plagado de actitudes. Bravatas, rebeldías, ruegos por comprensión del trabajo propio. Diferentes escuelas y generaciones y grupos han creado —además de su obra artística— una postura que les dé validez. En muchos casos el rasgo que más se busca es la novedad, más que la calidad. Así, llegamos a una contemporaneidad repleta de *actitudes culturales* que entablan duelos entre sí. En una esquina una le grita “ligera” a la otra. En la esquina opuesta le responden “académica”. Ambos adjetivos enmarcados por el desprecio. El ataque intelectual que a cambio desea obtener garantía de unicidad. Hoy son los *hipsters*, por ejemplo.

Según he alcanzado a entender, *hipster* es el que se mete a los sitios de rompe y rasga pudiendo pagarse una cena en Au Pied de Cochon. Pervierte entonces y de esa manera aquellos lugares de honestísimo arrabal. Pero *hipster* también es el que usa objetos viejos, pudiendo comprarse el último *i something*. Más aun: *hipster* también es el que escucha la música más añeja o popular sólo *pour épater le bourgeois*. La indiscriminada producción de opiniones sobre lo auténtico del arte resulta preocupante porque pareciera que el denominador común es la ausencia de indagación. Por ello, el *hipster* aparece

inaugurando algo parecido a un meme —en el sentido pensado por Richard Dawkins— que busca una sola respuesta prototipo frente a diversas preocupaciones de la cultura. Aterrizar una pléyade de quejas en una palabra: *hipster*, no hace más que eliminar de tajo un análisis más profundo. No aquel que busca culpables, sino el que pide explicaciones. Condenar *a priori* también es exceso. Camino que, por cierto, no lleva al castillo de la sabiduría, sino al de la autocomplacencia.

II

No muchos saben que la mítica frase “el camino de los excesos conduce al castillo de la sabiduría” pertenece al escritor y artista plástico inglés William Blake (1757-1827). Mucha de su fama, por desgracia, tiene poco que ver con sus contundencias creativas y más con sus arranques verbales: “La prudencia es una solterona vieja y rica, cortejada por la incapacidad”. “El que desea, y no actúa, siembra la peste”. “Del agua parada espera siempre el veneno”. Frases que sin contexto pueden justificar desde un activismo (contra) cultural hasta la brutalidad policiaca o el arrojo en la estrategia militar. Una simplificación muy parecida a la denominación *hipster* que ahonda en las certidumbres y fortalece los dogmas.

Parecido en fama *maldita*, Thomas de Quincey sobrevive hasta el día de hoy, y se reviste de un aura rebelde. Muchos artistas contemporáneos citan los títulos: *Confesiones de un opiómano inglés* (1821) o *Del asesinato considerado como una de las bellas artes* (1827). Ven en ellos fornidas pruebas del exitoso exceso. Pero en demasia-

dos casos no pasan del título. Las partes de *Confesiones...* que realmente abordan al opio y su consumo no rebasan el tercio total de la obra, cuando mucho. La mayoría de sus páginas nos pasean por posturas filosóficas, por debates morales, éticos. De Quincey no es otra cosa que la amplitud académica, pero resulta una incógnita saber cuántos rebeldes y defensores del exceso, al mentar su nombre, saben que en realidad están patrocinando a un académico. Thomas de Quincey sufre el mismo simplismo que el *hipster*, pero a la inversa: a partir de dos o tres rasgos suyos, muchos promotores del escándalo cultural condensan lo que en realidad se debería ahon-

dar. Confirmemos lo dicho con la pluma del propio De Quincey: “Un filósofo no puede mirar las cosas con los ojos de la pobre criatura limitada que se llama a sí misma hombre de mundo y que, tanto por nacimiento como por educación, está llena de prejuicios estrechos y egoístas; por el contrario, ha de considerarse como un ser universal que guarda la misma relación con grandes y pequeños, con gentes instruidas o ignorantes, con culpables e inocentes”.¹

¹ Thomas de Quincey, *Confesiones de un opiómano inglés*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2006, p. 45.



William Blake, *El gran dragón rojo*, 1810

Otro rebelde tremendamente recurrido es Charles Baudelaire y sus reflexiones sobre los paraísos artificiales en 1860 o sobre el vino y hachís en 1851, pero su búsqueda del exceso tenía un objetivo concreto: poner en tela de juicio a la nascente modernidad.² Su plétora era metódica y contribuyó para crear el ambiente *fin de siècle* francés. Baudelaire detonó buena parte de la literatura decadente de ese momento, ficciones abundantes en ajeno, éter, drogas, incestos, satanismos y hasta zoofilia. Sin embargo, el malestar tenía un origen histórico muy concreto: la guerra franco-germana de 1870. La decepción de Francia por sentirse desbancada como gran potencia, la noción de que un cambio de régimen se avecinaba: el inicio del cuestionamiento moderno. A partir de ese episodio bélico tan concreto, en Francia se puso de moda —en folletos y pasquines— la palabra *decadencia*. El mote fue tomado en efecto por el propio Baudelaire, pero también por Villiers de l'Isle Adam o Jean Lorrain, y más tarde lo catapultaron a niveles que no sólo cuestionaban a su país, sino a la civilización.

Nadando en la misma corriente, el editor Anatole Baju, creador de la revista *Le Décadent* (1887), sostuvo un militarismo cultural que nos refiere a otro tipo de *actitudes culturales* acaso más arriesgadas. En su manifiesto *L'École décadente*³ nos habla del Hombre Decadente como el *Hombre Nuevo*. El eco del término, el día de hoy suele atizar las pulsaciones políticas: el hombre nuevo y la Revolución cubana, pero para finales del XIX, el hombre que Baju añoraba era el que podía redimensionar desde distintas ópticas los problemas que el convulso momento presentaba. Una de las recriminaciones más fornidas que el cenáculo decadente hacía iba contra los que imaginaban a la ciencia como única vía para obtener explicaciones. O ver a la política como única autoridad práctica. Tratados como los elaborados por Thomas de Quincey o Charles Baudelaire —que incluían ciencias naturales pero también filosofía y experiencia personal— se iban perdiendo en aras de explicaciones inequívocas demasiado confiadas en metodologías tajantes pero que no abundaban en un sano cuestionamiento.

Uno de los resultados negativos de esa soberbia científica fue el engendrar —ya en el siglo XX— un hartazgo por la imagen del *intelectual*, del *docto*, del *académico*. Pero como con el mote de *hipster*, el enfado rara vez supera a la caricatura. No llega a un análisis con alguna profundidad. Peor aun: no ha pasado demasiado tiempo para que los mismos que hoy desprecian al *intelectual*, al *docto*, al *académico*, se conviertan en defensores de una pureza cultural que *debe* ser popular, vernácula o fan-

tástica, y siempre lúdica. Varios representantes de la literatura gestada en ese otro cambio de siglo —del XX al XXI— prefieren poner en la solapa de sus libros que fueron arrieros o que les fascina el fútbol antes de confesar que han leído algún texto académico o que confían en el valor de la literatura. Los pies de página les causan urticaria, y suelen esgrimir furibundos arranques que nos recuerdan justamente a aquellos que decían detestar. Lo que resulta curioso es que muchos de estos escritores (contraculturales, amantes del *purismo* de las cantinas más que de cualquier universidad) basan muchos de sus preceptos en autores como Blake, De Quincey o Baudelaire, y entonces surge una duda: ¿cómo es posible que textos que tienen mucho de académicos —a pesar de sus títulos— les sirvan para justificar su rampante antiacademismo? ¿La barbarie llegará al punto de no leer a fondo para preservar, justamente, esa misma barbarie?

En el mismo tenor y con la misma saña, hay otra opinión muy en boga que resulta aun más extendida que ese antiacademismo: asegurar que la literatura no aporta beneficios. Desprenderla del conocimiento tanto sentimental como intelectual. La literatura tiene una vocación lúdica innegable y muy agradecible; sin embargo, su valor no se reduce sólo a eso: como sugirió George Steiner, también es el reverso de la barbarie. El acto de abrir un libro es uno de tolerancia. Son las ganas de querer escuchar al otro —al autor— a pesar de que no necesariamente estemos de acuerdo con él. Leer es establecer un diálogo que no tiene nada de superficial y que —muchas veces— no es necesariamente lúdico: cuando el lector se encuentra frente al libro está solo. Es ridículo fingir, no hay nadie a quién engañar con delirios de éxito o con desplantes de autenticidad. La *actitud cultural* poco tiene que hacer en el acto individual de leer. Por el contrario, en esa soledad de lectura, nos ponemos en tela de juicio. De manera inevitable nos comparamos con el personaje, nuestra cabeza elabora frases como “yo jamás haría eso” o “qué vergüenza, recuerdo que yo también hice eso”. La mejor literatura es un espejo, y como todo espejo refleja el estupendo peinado, pero también la calvicie, la piel lozana o las espinillas de la nariz. Y en todo ello hay una innegable utilidad.

La lectura entonces va contra la *actitud cultural*, contra la bravata de descalificar *a priori*. Disuelve los artugios que intentan invalidar para más bien ansiar comprender. Y eso también lo sabían Blake y Baudelaire, y lo sabía de la misma manera Anatole Baju, aquel que buscaba al hombre nuevo. No al político, no al que tiene en su bolsillo varias descalificaciones listas para ser lanzadas, sino al hombre que redimensiona desde diferentes ópticas, engarzando diversos análisis. La idea tampoco es muy compleja: se trata de regresar al producto cultural antes que a la peor actitud purista, aquella que termina siendo prima hermana de una barbarie velada. **U**

² De la misma manera que al elaborar ensayos sobre Edgar Allan Poe, estaba muy interesado en demostrar que Norteamérica era el prototipo de un futuro deleznable y nocivo.

³ Léon Vanier, Éditeur des décadents, Paris, 1887.